

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El viento en los sauces: Las nuevas aventuras de Sapo (10/12)

La puerta principal del árbol hueco daba al este, así que Sapo fue llamado a una hora temprana; en parte por la brillante luz del sol que entraba a chorros sobre él, en parte por la excesiva frialdad de los dedos de los pies, que le hacía soñar que estaba en casa, en la cama, en su propia y hermosa habitación con la ventana Tudor, en una fría noche de invierno, y que sus ropas de cama se habían levantado, refunfuñando y protestando que no podían soportar más el frío, y habían bajado corriendo al fuego de la cocina para calentarse; y él las había seguido, descalzo, a lo largo de kilómetros y kilómetros de pasadizos empedrados y helados, discutiendo y suplicándoles que fueran razonables. Probablemente se habría despertado mucho antes, de no haber dormido durante varias semanas sobre paja sobre piedras dispuestas, y casi olvidado la agradable sensación de las gruesas mantas bien subidas hasta la barbilla.

Sentado, se frotó los ojos primero y los dedos de los pies después, se preguntó por un momento dónde estaba, buscando el familiar muro de piedra y la pequeña ventana enrejada; luego, con un salto del corazón, lo recordó todo: su huida, su escape, su

persecución; recordó, lo primero y mejor de todo, ¡que era libre!

¡Libre! Sólo la palabra y el pensamiento valían cincuenta mantas. Sintió calor de punta a punta al pensar en el alegre mundo exterior, que esperaba ansioso a que hiciera su entrada triunfal, dispuesto a servirle y a hacerle el juego, ansioso por ayudarlo y hacerle compañía, como siempre había sido en los viejos tiempos, antes de que la desgracia cayera sobre él. Se sacudió y se quitó con los dedos las hojas secas del pelo y, terminado su aseo, marchó hacia el cómodo sol de la mañana, frío pero confiado, hambriento pero esperanzado, disipados todos los terrores nerviosos de ayer por el descanso y el sueño y el sol franco y alentador.

Aquella temprana mañana de verano tenía el mundo para él solo. El rocío del bosque, a medida que lo hilvanaba, era solitario y quieto: los verdes campos que sucedían a los árboles eran suyos para hacer con ellos lo que quisiera; el camino mismo, cuando lo alcanzaba, en esa soledad que estaba en todas partes, parecía estar buscando ansiosamente compañía, como un perro vagabundo. Sapo, en cambio, buscaba algo que le hablara y le indicara claramente el camino que debía seguir. Está muy bien, cuando se tiene el corazón ligero y la conciencia tranquila, y dinero en el bolsillo, y nadie recorre el país en busca de uno para arrastrarlo de nuevo a la cárcel, seguir el camino que señala, sin preocuparse de hacia dónde. Al práctico Sapo le importaba mucho, y podría haber pateado la carretera

por su silencio impotente cuando cada minuto era importante para él.

Al reservado camino rústico se le unió en seguida un tímido hermanito en forma de canal, que tomó su mano y deambuló a su lado en perfecta confianza, pero con la misma actitud poco comunicativa hacia los extraños.

—Que se pudran —se dijo Sapo—. Pero, de todos modos, una cosa está clara. Ambos deben venir de alguna parte y dirigirse a alguna parte. Eso no se puede olvidar.

¡Sapo, muchacho! —y siguió caminando pacientemente por la orilla del agua.

En un recodo del canal se acercaba un caballo solitario, encorvado hacia adelante como si estuviera pensativo. De unos cordeles atados a su cuello se extendía un largo cabo, tenso, pero que se hundía con un paso, y cuya parte posterior goteaba gotas nacaradas. Sapo dejó pasar al caballo y se quedó esperando lo que el destino le enviara.

Con un agradable remolino de agua tranquila en su proa, la barca se deslizó a su lado, con la borda pintada a ras del camino de remolque, y su única ocupante, una mujer corpulenta que llevaba un gorro de lino, con un brazo musculoso apoyado en el timón.

—¡Bonita mañana, señora! —dijo a Sapo mientras se ponía a su altura.

—Me atrevo a decir que lo es, señora —respondió Sapo cordialmente, mientras caminaba por el camino de sirga junto a ella—. Me atrevo a decir que es una buena mañana para los que no tienen problemas, como yo. Aquí está mi hija casada, y me manda que vaya a verla

inmediatamente; así que voy, sin saber lo que puede pasar o lo que va a pasar, pero temiéndome lo peor, como usted comprenderá, señora, si también es madre. Y he dejado que mi negocio se las arregle solo, estoy en la línea de lavado y blanqueo, usted debe saberlo, señora, y he dejado que mis hijos pequeños se las arreglen solos, y no existe un grupo de jóvenes más traviesos y problemáticos, señora; y he perdido todo mi dinero, y he perdido mi camino, y en cuanto a lo que le pueda pasar a mi hija casada, ¡no me gusta pensar en ello, señora! —¿Dónde vive tu hija casada, señora? —preguntó la barquera.

—Vive cerca del río, señora —respondió Sapo—. Cerca de una bonita casa llamada Salón de Sapo, que está por aquí cerca. Tal vez haya oído hablar de ella.

—¿Salón de Sapo? Yo también voy en esa dirección —respondió la barquera—. Este canal se une al río unos kilómetros más adelante, un poco más arriba de Salón de Sapo; y entonces es una caminata fácil. Ven conmigo en la barca y te llevaré.

acercó la barca a la orilla, y Sapo, agradeciendo humildemente, subió a bordo y se sentó con gran satisfacción.

“Otra vez la suerte de Sapo”, pensó. “¡Siempre salgo ganando!”.

—¿Así que se dedica al lavado, señora? —preguntó la barquera amablemente, mientras se deslizaban—. Y un negocio muy bueno, me atrevo a decir, si no me equivoco.

—El mejor negocio de todo el país —dijo Sapo con ligereza—. Toda la alta burguesía acude a mí; no

acudirían a ningún otro lado, aunque les pagaran; me conocen bien. Comprendo perfectamente mi trabajo y me ocupo de todo yo misma. Lavar, planchar, almidonar, confeccionar las finas camisas de los caballeros para la noche; ¡todo se hace bajo mi supervisión!

—Pero seguro no haces todo ese trabajo tú sola, ¿verdad? —preguntó la barquera con respeto.

—Oh, tengo chicas —dijo Sapo con ligereza—; veinte chicas más o menos, siempre trabajando. Pero ya sabes lo que son las chicas. Pequeñas y desagradables zorras, así es como las llamo.

—Yo también —dijo la barquera con gran efusividad—. Pero me atrevo a decir que ustedes ponen a las suyas en orden, ¡esas zorras ociosas! ¿Y le gusta mucho lavar?

—Me encanta —dijo Sapo—. Simplemente me encanta. Nunca soy tan feliz como cuando tengo ambos brazos en el lavabo. Pero, además, ¡me resulta tan fácil! Sin ningún problema. ¡Un verdadero placer, se lo aseguro, señora!

—¡Qué suerte la suya! —observó pensativa la barquera—. Una buena fortuna para nosotras dos.

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir? —preguntó Sapo nervioso.

—Bueno, míreme —respondió la barquera—. A mí también me gusta lavar, tanto como a usted; y, además, me guste o no, tengo que hacerlo todo yo, naturalmente, moviéndome como me muevo. Ahora bien, mi marido es un tipo que evita su trabajo y me deja la barca a mí, de modo que yo no tengo tiempo para ocuparme de mis propios asuntos. Por derecho debería estar aquí ahora, ya sea timoneando o atendiendo al caballo, aunque por

suerte el caballo tiene suficiente sentido común para atenderse a sí mismo. En lugar de eso, se ha ido con el perro, a ver si pueden coger un conejo para cenar en alguna parte. Dice que me alcanzará en la próxima parada. Bueno, eso es lo que puede ser, no me fío de él, una vez que se va con ese perro, que es peor que él. Pero mientras tanto, ¿cómo voy a seguir con mi lavado? —Oh, no se preocupe por el lavado —dijo Sapo, sin gustarle el tema—. Trate de concentrarse en ese conejo. Un bonito y gordo conejo joven, estoy segura. ¿Tienes cebollas?

—No puedo concentrarme en otra cosa que no sea mi lavado —dijo la barquera—, y me extraña que pueda estar hablando de conejos, con una perspectiva tan alegre ante usted. Hay un montón de cosas mías que encontrará en un rincón del camarote. Si toma una o dos de las más necesarias, no me atreveré a describírselas a una dama como usted, pero las reconocerá a primera vista, y las pasa por la tina de lavar a medida que avanzamos, será un placer para usted, como bien dice, y una verdadera ayuda para mí. Tendrá una tina a mano, jabón, una tetera al fuego y un cubo para recoger agua del canal. Así sabré que se divierte, en vez de estar aquí sentada sin hacer nada, mirando el paisaje y bostezando sin parar.

—¡Déjeme conducir! —dijo Sapo, ahora completamente asustado—, y así podrá lavar a su manera. Podría estropear sus cosas, o no hacerlo como a usted le gusta. Yo estoy más acostumbrada a las cosas de caballeros. Es mi especialidad.

—¿Dejarla conducir? —respondió la barquera riendo—. Se necesita algo de práctica para dirigir una barca correctamente. Además, es un trabajo aburrido y yo quiero que usted sea feliz. No, usted hará el lavado que tanto le gusta, y yo me dedicaré al manejo que entiendo. ¡No intente privarme del placer de darle un capricho! Sapo estaba bastante acorralado. Buscó una escapatoria por todas partes, vio que estaba demasiado lejos de la orilla para dar un salto y se resignó hoscamente a su suerte.

“Llegados a eso” pensó desesperado, “¡supongo que cualquier tonto puede lavar!”.

Tomó una tina, jabón y otras cosas necesarias del camarote, seleccionó algunas prendas al azar, trató de recordar lo que había visto en miradas casuales a través de las ventanas de las lavanderías y se puso manos a la obra.

Pasó una larga media hora, en la que Sapo se enfadaba cada vez más. Nada de lo que podía hacerles parecía agradarles o hacerles bien. Intentó persuadirlas, abofetearlas y darles puñetazos, pero ellas le sonreían desde la bañera sin convertirse, felices en su pecado original. Una o dos veces miró nerviosamente por encima del hombro a la mujer de la barca, pero ella parecía estar mirando al frente, absorta en el timón. Le dolía mucho la espalda y notó con consternación que sus patas empezaban a arrugarse. Sapo estaba muy orgulloso de sus patas. Murmuró en voz baja palabras que nunca deberían salir de los labios de las lavanderas

ni de los sapos, y perdió el jabón por quincuagésima vez.

Una carcajada le hizo enderezarse y mirar a su alrededor. La barquera estaba echada hacia atrás y reía desenfrenadamente, hasta que las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Te he estado observando todo el tiempo —jadeó—. Siempre pensé que eras un charlatán, por tu manera engréida de hablar. ¡Bonita lavandera eres! No has lavado ni un plato en tu vida, te lo aseguro.

El temperamento de Sapo, que había estado hirviendo a fuego lento durante un tiempo, se desbordó y perdió todo el control de sí mismo.

—¡Barquera vulgar, baja y gorda! —gritó—; ¡no te atrevas a hablar así de tus superiores! ¡Lavandera! Quiero que sepas que soy un Sapo, un Sapo muy conocido, respetado y distinguido. Puede que en este momento esté un poco bajo una nube, ¡pero no se va a reír de mí una barquera!

La mujer se acercó a él y miró bajo su gorro con atención y detenimiento.

—¡Así que lo eres! —gritó— ¡Caramba! Un horrible, asqueroso y rastrero sapo. Además, en mi bonita y limpia barca. ¡Eso no lo permitiré!

Dejó el timón por un momento. Un gran brazo moteado salió disparado y agarró a Sapo por una pata delantera, mientras el otro lo sujetaba por una pata trasera.

Entonces el mundo dio un vuelco repentino, la barca pareció revolotear ligeramente por el cielo, el viento

silbó en sus oídos y Sapo se encontró volando por el aire, girando rápidamente a medida que avanzaba. El agua, cuando finalmente llegó a él con un sonoro chapoteo, resultó bastante fría para su gusto, aunque su frialdad no fue suficiente para calmar su orgulloso espíritu, ni para aplacar el calor de su furioso temperamento. Subió a la superficie balbuceando, y cuando se hubo limpiado las algas de los ojos, lo primero que vio fue a la gorda barquera que lo miraba por encima de la popa de la barca en retirada y se reía; y juró, mientras tosía y se ahogaba, que se vengaría de ella.

Se dirigió hacia la orilla, pero la bata de algodón dificultaba enormemente sus esfuerzos y, cuando por fin tocó tierra, le costó subir sin ayuda por la empinada orilla. Tuvo que tomarse uno o dos minutos de descanso para recuperar el aliento; luego, recogiendo bien las faldas mojadas sobre los brazos, echó a correr tras la barca tan rápido como le permitían sus piernas, enloquecido de indignación, sediento de venganza. La barquera seguía riendo cuando él se puso a su altura.

—¡Pásate por la manguera, lavandera! —gritó—, ¡y plancha tu cara, y enróscala! Así pasarás por un Sapo bastante decente.

Sapo no se detuvo a responder. Lo que él quería era una venganza sólida, no triunfos verbales baratos, aunque tenía en mente una o dos cosas que le hubiera gustado decir. Vio lo que quería delante de él. Corrió velozmente hacia el caballo, desató la cuerda y soltó amarras, saltó

ligeramente sobre su lomo y lo impulsó al galope dándole vigorosas patadas en los costados. Se dirigió a campo abierto, abandonando el camino de sirga, y balanceó su corcel por un sendero lleno de baches. Una vez miró hacia atrás y vio que la barca había encallado al otro lado del canal, y que la barquera gesticulaba salvajemente y gritaba:

—¡Alto, alto, alto!

—Ya he oído esa canción antes —dijo Sapo, riendo, mientras seguía taloneando a su corcel en su alocada carrera.

El caballo barquero no era capaz de un esfuerzo muy sostenido, y su galope pronto se convirtió en un trote, y su trote en un paseo fácil; pero Sapo estaba bastante contento con esto, sabiendo que él, en

todo caso, se movía, y la barca no. Había recobrado el buen humor, ahora que había hecho algo que le parecía realmente inteligente, y se contentó con trotar tranquilamente bajo el sol, conduciendo su caballo por callejones y caminos de herradura, y tratando de olvidar cuánto tiempo hacía que no comía una buena comida, hasta que el canal había quedado muy atrás.

Habían recorrido algunos kilómetros, su caballo y él, y se sentía somnoliento bajo el ardiente sol, cuando el caballo se detuvo, bajó la cabeza y empezó a



mordisquear la hierba; y Sapo, al despertarse, se salvó por los pelos de caerse haciendo un esfuerzo. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba en una amplia zona común, salpicada de aliagas y zarzas hasta donde alcanzaba la vista. Cerca de él había una cochambrosa caravana de gitanos, y junto a ella un hombre sentado en un cubo vuelto del revés, muy ocupado fumando y con la mirada perdida en el ancho mundo. Cerca ardía un fuego de palos, y sobre el fuego colgaba una olla de hierro, de la que salían burbujas y gorgoteos, y un vago y sugestivo vapor. También olores, cálidos, ricos y variados, que se entrelazaban y retorcían y se envolvían al fin en un olor completo, voluptuoso, perfecto, que parecía el alma misma de la Naturaleza tomando forma y apareciéndose a sus hijos, una verdadera diosa, una madre de solaz y consuelo. Sapo ahora sabía bien que antes no había tenido hambre de verdad. Lo que había sentido a primera hora del día había sido un mero escalofrío. Por fin se trataba de algo real, y no de un error; y además habría que ocuparse de ello rápidamente, o alguien o algo tendría problemas. Observó detenidamente al gitano, preguntándose vagamente si sería más fácil pelear con él o engatusarlo. Así que se sentó, olfateó y miró al gitano; y el gitano se sentó, fumó y lo miró.

En ese momento, el gitano se sacó la pipa de la boca y comentó despreocupado:

—¿Quieres vender ese caballo tuyo?

Sapo se quedó estupefacto. No sabía que los gitanos eran muy aficionados a la venta de caballos, y que nunca

perdían una oportunidad, y no había reflexionado que las caravanas estaban siempre en movimiento y necesitaban mucho tiro. No se le había ocurrido convertir el caballo en dinero, pero la sugerencia del gitano pareció allanarle el camino hacia las dos cosas que tanto deseaba: dinero y un buen desayuno.

—¿Qué? —dijo—. ¿Vender este hermoso y joven caballo? Oh, no; está fuera de discusión. ¿Quién va a llevar la ropa de mis clientes cada semana? Además, le tengo demasiado cariño, y él simplemente me adora.

—Intenta amar a un burro —sugirió el gitano—. Algunas personas lo hacen.

—No pareces ver —continuó Sapo—, que este buen caballo está por encima de ti. Es un caballo de sangre, lo es, en parte; no la parte que ves, por supuesto, otra parte. Y también ha sido un Hackney premiado en su momento, que fue el tiempo antes de que lo conocieras, pero aún puedes notarlo en él de un vistazo, si entiendes algo de caballos. No, no hay que pensar en eso ni por un momento. De todos modos, ¿cuánto estarías dispuesto a ofrecerme por este hermoso y joven caballo mío?

El gitano miró al caballo, luego miró a Sapo con la misma atención, y volvió a mirar al caballo.

—Un chelín por pierna —dijo brevemente, y se dio la vuelta, sin dejar de fumar y tratando de apartar la mirada del ancho mundo.

—¿Un chelín por pierna? —gritó Sapo—. Si le parece, debo tomarme un poco de tiempo para calcular eso, y ver en cuánto asciende.

Se bajó del caballo, lo dejó pastar, se sentó junto al gitano, hizo cuentas con los dedos y al fin dijo:

—¿Un chelín por pierna? Pues son exactamente cuatro chelines, y nada más. Oh, no; no se me ocurriría aceptar cuatro chelines por este hermoso y joven caballo mío.

—Bueno —dijo el gitano—, te diré lo que haré. Te daré cinco chelines, que son tres peniques más de lo que vale el animal. Y es mi última palabra.

Entonces Sapo se sentó y reflexionó larga y profundamente. Estaba hambriento y sin un centavo, y todavía estaba lejos, no sabía cuán lejos, de casa, y sus enemigos podían estar buscándolo. Para alguien en semejante situación, cinco chelines pueden parecer una gran suma de dinero. Por otra parte, no parecía mucho dinero por un caballo. Pero, por otra parte, el caballo no le había costado nada, de modo que todo lo que obtuviera era una clara ganancia. Por fin dijo con firmeza:

—¡Mira, gitano! Te digo lo que vamos a hacer; y esta es mi última palabra. Me entregarás seis chelines y seis peniques, al contado; además me darás todo el desayuno que pueda comer, de una sentada, por supuesto, de esa olla de hierro tuya que no deja de despedir aromas tan deliciosos y excitantes. A cambio, te haré entrega de mi enérgico y joven caballo, con todos los hermosos arneses y adornos que lleva, gratis. Si eso no es suficiente para ti, dilo, y me pondré en marcha. Conozco a un hombre cerca de aquí que quiere este caballo mío desde hace años.

El gitano refunfuñó espantosamente y declaró que si hacía unos cuantos negocios más de ese tipo se arruinaría. Pero al final sacó una sucia bolsa de lona del fondo del bolsillo de su pantalón y contó seis chelines y seis peniques en la pata de Sapo. Luego desapareció un instante en la caravana y regresó con un gran plato de hierro, un cuchillo, un tenedor y una cuchara. Levantó la olla y un glorioso chorro de rico guiso caliente cayó a borbotones en el plato. Era, en verdad, el guiso más hermoso del mundo, hecho de perdices, faisanes, gallinas, liebres, conejos, pavas reales, gallinas de Guinea y una o dos cosas más. Sapo tomó el plato en su regazo, casi llorando, y se llenó, y se llenó, y se llenó, y siguió pidiendo más, y el gitano nunca se lo negó. Pensó que nunca había desayunado tan bien en toda su vida. Cuando Sapo hubo comido todo el guiso que creyó poder contener, se levantó y se despidió del gitano, y se despidió afectuosamente del caballo; y el gitano, que conocía bien la ribera, le indicó el camino a seguir, y él emprendió de nuevo su viaje con el mejor ánimo posible. Era, en efecto, un Sapo muy diferente del animal de hacía una hora. El sol brillaba intensamente, sus ropas mojadas estaban secas de nuevo, tenía dinero en el bolsillo una vez más, estaba cerca de su casa, de sus amigos y de la seguridad, y, lo mejor de todo, había comido una comida sustanciosa, caliente y nutritiva, y se sentía grande, fuerte, despreocupado y seguro de sí mismo.

Mientras caminaba alegremente, pensaba en sus aventuras y escapes, y en cómo, cuando las cosas

parecían estar en su peor momento, siempre se las había arreglado para encontrar una salida; y su orgullo y presunción empezaron a hincharse en su interior.

—¡Ja, ja! —se decía mientras andaba con el mentón bien alto—, ¡qué Sapo tan listo soy! No hay animal más listo que yo en todo el mundo. Mis enemigos me encierran en prisión, rodeado de centinelas, vigilado día y noche por guardias; yo los atravieso a todos, por pura habilidad unida al valor. Me persiguen con máquinas, policías y revólveres; les chasqueo los dedos y me desvanezco, riendo, en el aire. Desgraciadamente, una mujer gorda y malvada me arroja a un canal. ¿Y qué? Nado hasta la orilla, me apodero de su caballo, cabalgo triunfante y vendo el caballo por un montón de dinero y un excelente desayuno. ¡Taja! Soy Sapo, el guapo, el popular, el exitoso Sapo.

Se engrería tanto que, mientras caminaba, se inventaba una canción para alabarse a sí mismo, y la cantaba a viva voz, aunque no había nadie más que él para oírla. Era tal vez la canción más engréida que algún animal haya compuesto jamás:

"El mundo tuvo grandes héroes,
de los libros de historia los saco;
Pero nunca hubo nadie más famoso
Que un servidor, llamado Sapo.
Los hombres inteligentes de Oxford
con el saber tienen buen trato.
Pero ninguno sabe ni la mitad
de lo que sabe el Sr. Sapo.

Los animales en el Arca y lloraron,
Sus lágrimas corrieron largo rato.

¿Quién dijo: 'Hay tierra adelante'?

El más grande, el Sr. Sapo.

Todo el ejército saludó

Mientras marchaban por el campo.

¿Era el Rey? ¿Era Kitchener?

No. Era el Sr. Sapo.

La Reina miró por la ventana

Y gritó: "¿Quién es ese hombre tan guapo?"

Sus damas de honor respondieron:

"Es sin duda el Sr. Sapo"

Hubo muchos más del mismo tipo, pero demasiado engreídos para ser escritos. Estos son algunos de los versos más suaves.

Cantaba mientras caminaba, y caminaba mientras cantaba, y se inflaba más a cada minuto. Pero su orgullo iba a sufrir pronto un duro revés.

Después de algunos kilómetros de caminos rurales llegó a la carretera, y al girar en ella y echar un vistazo a lo largo de su blanca longitud, vio que se le acercaba una mota que se convirtió en un punto y luego en una mancha, y luego en algo muy familiar; y una doble nota de advertencia, demasiado conocida, cayó sobre su encantado oído.

—¡Esto sí que es magnífico! —dijo Sapo emocionado—.

¡Esto es de nuevo la vida real, esto es una vez más el gran mundo del que he estado ausente tanto tiempo! Los saludaré, mis hermanos de la rueda, y les contaré una historia, del tipo que ha tenido tanto éxito hasta ahora;

y ellos me llevarán, por supuesto, y entonces hablaré con ellos un poco más; y, quizás, con suerte, ¡pueda incluso terminar conduciendo hasta el Salón de Sapo en un coche a motor! Eso será un tiro en el ojo para Tejón. Salió confiadamente a la carretera para saludar al coche, que venía a paso tranquilo, aminorando la marcha a medida que se acercaba al cruce; cuando de pronto se puso muy pálido, el corazón se le puso a cien, las rodillas le temblaron y cedieron bajo él, y se dobló y se desplomó con un dolor enfermizo en su interior. Y bien que lo hizo, el infeliz animal, porque el coche que se acercaba era el mismo que él había robado del patio del Hotel León Rojo aquel día fatal en que comenzaron todos sus problemas. Y las personas que viajaban en él eran las mismas que él había observado durante el almuerzo en la cafetería.

Se desplomó en el camino en un montón miserable, murmurando para sí en su desesperación:

—¡Todo ha terminado! ¡Todo ha terminado ahora! ¡Otra vez cadenas y policías! Otra vez cárcel. ¡Otra vez pan seco y agua! ¡Oh, que tonto he sido! ¡Para qué quería ir pavoneándome por el país, cantando canciones engréidas y saludando a la gente en pleno día en la carretera, en lugar de esconderme hasta el anochecer y escabullirme a casa tranquilamente por caminos secundarios!

¡Desventurado Sapo! ¡Oh desgraciado animal!

El terrible coche a motor se fue acercando lentamente, hasta que por fin oyó que se detenía cerca de él. Dos caballeros se bajaron y caminaron alrededor del

tembloroso montón de miseria arrugada que yacía en la calzada, y uno de ellos dijo:

—¡Oh, querido, esto es muy triste! Aquí hay una pobre vieja, al parecer, una lavandera, que se ha desmayado en la calzada. Quizá el calor la haya vencido, pobre criatura, o quizá no haya comido nada hoy. Subámosla al coche y llevémosla al pueblo más cercano, donde sin duda tendrá amigos.

Subieron tiernamente a Sapo al coche, lo acunaron con mullidos cojines y siguieron su camino.

Cuando Sapo los oyó hablar de un modo tan amable y comprensivo, y supo que no lo reconocían, su valor empezó a revivir, y abrió cautelosamente primero un ojo y luego el otro.

—Mira —dijo uno de los caballeros—, ya está mejor. El aire fresco le hace bien. ¿Cómo se siente ahora, señora?

—Gracias, amable señor —dijo Sapo con voz débil—, ¡me siento mucho mejor!

—Así es —dijo el caballero—. Ahora quédese quieta y, sobre todo, no intente hablar.

—No lo haré —dijo Sapo—. Sólo pensaba que, si me sentaba en el asiento delantero, junto al conductor, para que me diera aire fresco en la cara, pronto volvería a estar bien.

—¡Qué mujer tan sensata! —dijo el caballero—. Por supuesto que sí—. Así que ayudaron cuidadosamente a Sapo a sentarse en el asiento delantero junto al conductor, y se pusieron en marcha de nuevo.

Sapo ya era casi él mismo. Se sentó, miró a su alrededor y trató de dominar los temblores, los anhelos,

las viejas ansias que lo acosaban y se apoderaban de él por completo.

“¡Es el destino!” —se dijo—. “¿Por qué esforzarse? ¿Por qué luchar?”, y se volvió hacia el conductor que tenía a su lado.

—Por favor, señor —dijo—, me gustaría que tuviera la amabilidad de dejarme conducir el coche un rato. Le he estado observando atentamente, y parece tan fácil y tan interesante, y me gustaría poder decir a mis amigos que una vez conduje un coche a motor.

El conductor se rio tanto de la propuesta que el caballero preguntó de qué se trataba. Cuando se enteró, dijo, para regocijo de Sapo:

—¡Bravo, señora! Me gusta su espíritu. Pruébelo y cuídelo. No hará ningún daño.

Sapo se acomodó ansiosamente en el asiento que había dejado libre el conductor, tomó el volante en sus manos, escuchó con afectada humildad las instrucciones que le daban y puso el coche en movimiento, pero al principio muy despacio y con mucho cuidado, pues estaba decidido a ser prudente.

Los caballeros que iban detrás aplaudieron, y Sapo los oyó decir:

—¡Qué bien lo hace! ¡Imagínense a una lavandera conduciendo un coche tan bien, la primera vez!

Sapo fue un poco más deprisa; luego más deprisa todavía, y más deprisa.

Oyó que los caballeros gritaban advertencias:

—¡Ten cuidado, lavandera! —y esto lo molestó, y empezó a perder la cabeza.

El conductor trató de interferir, pero él lo inmovilizó en su asiento con un codo y aceleró a fondo. La ráfaga de aire en su cara, el zumbido de los motores y el ligero salto del coche bajo él embriagaron su débil cerebro. —¡Lavandera, claro! —gritó temerariamente—. ¡Jaja! Yo soy Sapo, el ladrón de coches, el rompedor de prisiones, ¡Sapo que siempre se escapa! Quédate quieto y sabrás realmente lo que es conducir, porque estás en manos del famoso, hábil y totalmente intrépido Sapo.

Con un grito de horror, todo el grupo se levantó y se lanzó sobre él.

—¡Cójnalo! —gritaron—. ¡Cojan al Sapo, el malvado animal que nos ha robado el coche! Átenlo, encadénelo, arrástrenlo a la comisaría más cercana. ¡Abajo el desesperado y peligroso Sapo!

Tendrían que haber sido más prudentes y haberse acordado de parar el coche antes de gastar bromas de ese tipo. Con media vuelta de volante, Sapo hizo que el coche se estrellara contra el arbusto bajo que corría a lo largo del camino. Un poderoso salto, una violenta sacudida, y las ruedas del coche estaban revolviendo el espeso barro de un estanque de caballos.

Sapo se encontró volando por el aire con el fuerte impulso ascendente y la delicada curva de una golondrina. Le gustaba el movimiento, y empezaba a preguntarse si seguiría haciéndolo hasta que desarrollara alas y se convirtiera en un Sapo-pájaro, cuando aterrizó de espaldas con un golpe seco, en la suave y rica hierba de un prado. Sentado, pudo ver el coche en el estanque,

casi sumergido; los caballeros y el conductor, agobiados por sus largos abrigos, flotaban indefensos en el agua. Se levantó rápidamente y echó a correr por el campo con todas sus fuerzas, atravesando arbustos, saltando zanjas y cruzando campos, hasta que se quedó sin aliento y cansado, y tuvo que calmarse caminando.

Cuando recobró un poco el aliento y pudo pensar con calma, empezó a sonreír, y de sonreír pasó a reírse, y se rio hasta que tuvo que sentarse bajo un matorral.

—¡Jajaja! —gritó con un éxtasis de auto admiración—.

¡Sapo otra vez! ¡Sapo, como de costumbre, llega a la cima! ¿Quién ha conseguido que lo lleven? ¿Quién se las arregló para ir en el asiento delantero para tomar aire fresco? ¿Quién los convenció para que lo dejaran ver si sabía conducir? ¿Quién los metió a todos en un estanque de caballos? ¿Quién escapó, volando alegremente e ileso por el aire, dejando a los excursionistas de mente estrecha, reacios y tímidos en el barro, donde deberían estar? Sapo, por supuesto; Sapo listo, gran Sapo, buen Sapo.

Entonces estalló de nuevo en una canción, y cantó con voz estentórea...

"El coche de motor hizo tuut-tuut,
corriendo por largo rato.

¿Quién lo condujo a un estanque?

El ingenioso Sr. Sapo.

¡Oh, qué listo soy! Qué listo, qué listo, qué lis..."

Un ligero ruido a cierta distancia detrás de él lo hizo volver la cabeza y mirar. ¡Horror! ¡Miseria!

¡Desesperación!

A unos dos campos de distancia se veían un chófer con sus polainas de cuero y dos grandes policías rurales que corrían hacia él a toda velocidad.

El pobre Sapo se puso de pie de un salto y salió corriendo de nuevo, con el corazón en la boca.

—¡Oh, vaya! —jadeó mientras avanzaba—. ¡Qué imbécil soy! ¡Qué asno engreído y despreocupado! ¡Otra vez fanfarroneando! ¡Otra vez gritando y cantando canciones! ¡Otra vez sentado y parloteando! ¡Ay! ¡Ay! ¡Madre mía!

Miró hacia atrás y vio con consternación que lo estaban alcanzando. Siguió corriendo desesperadamente, pero no dejaba de mirar hacia atrás y vio que le seguían ganando terreno. Hizo todo lo que pudo, pero era un animal gordo y tenía las piernas cortas, y en consecuencia le ganaban. Los oía ya muy cerca. Dejando de prestar atención a dónde iba, luchó ciega y salvajemente, mirando hacia atrás por encima de su hombro al ahora triunfante enemigo, cuando de repente la tierra desapareció bajo sus pies, se agarró al aire y, ¡splash! se encontró de cabeza hasta las orejas en aguas profundas, aguas rápidas, aguas que lo arrastraban con una fuerza con la que no podía luchar; ¡y supo que, en su ciego pánico había corrido directo al río!

Subió a la superficie y trató de agarrarse a las cañas y los juncos que crecían al borde del agua, cerca de la orilla, pero la corriente era tan fuerte que se los arrancaba de las manos.

—¡Caramba! —jadeó el pobre Sapo—. Si alguna vez vuelvo a robar un coche, si vuelvo a cantar otra canción engréida... —se hundió y volvió a subir sin aliento y balbuceando. Enseguida vio que se acercaba a un gran agujero oscuro en la orilla, justo por encima de su cabeza, y mientras la corriente lo arrastraba, levantó una pata, se agarró al borde y se sostuvo. Luego, lentamente y con dificultad, salió del agua, hasta que por fin pudo apoyar los codos en el borde del agujero. Allí permaneció unos minutos, resoplando y jadeando, pues estaba agotado.

Mientras suspiraba, soplaba y miraba fijamente hacia el oscuro agujero, algo pequeño y brillante brilló y centelleó en sus profundidades, avanzando hacia él. A medida que se acercaba, un rostro crecía gradualmente a su alrededor, ¡y era un rostro familiar!

Moreno y pequeño, con bigotes.

Grave y redonda, con orejas cuidadas y pelo sedoso.

¡Era Rata de Agua!